

Artículo

Aquí España

Memorables memorias del Monstruo Morín

Por Mario Parajón



¿Alguien se ha puesto a pensar lo que serán las *Memorias* de don Francisco Morín, legendario director teatral cubano, que hoy vive en New York y dedica su tiempo a la gestación de este libro? Morín no ha hecho en su vida otra cosa que enrolarse en la carrera del teatro desde que lo dieron de alta como adolescente hasta que amaneció hoy. No ha tenido tiempo ni para comprar un billete de lotería ni para entretenerse una tarde con la novia. El día se le ha ido en preparar el ensayo y la noche en realizar el ensayo preparado por el día. Casto como José, pobre como Francisco, libre de ambiciones como un asceta, su manera de asumir el sacerdocio teatral algo tenía de divinamente monstruoso. Morín no usaba las máscaras para ocultarse y sólo escondía la cifra de su edad, pero era muy difícil saber si prefería el calor al frío o los viajes trasatlánticos a los aéreos porque antes de que nos diéramos cuenta no bien nos encontrábamos ya estábamos hablando de teatro: Eso sí, de vez en cuando, en medio de la conversación, imitaba a alguien.

Todo noble tesón al cabo alcanza fijar las justas leyes del destino. Habló así el poeta, el Señor sea loado. Morín hizo suyo el tesón, y el reconocimiento le ha sido otorgado. Solitario y dichoso, enemigo del tiempo cuyo paso Jorge Manrique se empeña en señalarle, comiendo su pescado y sus frutas y vegetales, Morín cierra los ojos y ve pasar los años cuarenta y cincuenta.

Para él no fueron los años de Grau, ni los de Prío, ni los de Batista. Para él fueron los de la Academia de Arte Dramático, los de su estreno del *Candelerero* de Musset y los de su intervención a título de carnicero

en Un día de octubre de Kayser. En esos años Morín fundó y pagó y dirigió la revista *Prometeo*; y después creó el grupo del mismo nombre; y formó actores y actrices que provenían de la nada cuidando --a veces muy exageradamente que nadie los elogiara para que no fuesen a crecerse en vanidad. Y entre todos hubo una predilecta, Ernestina Linares, cuyo recuerdo le arranca un bonito párrafo de su libro.

Por esas páginas que Morín escribe pasa el escenario de la escuela Valdés-Rodríguez, donde un sábado al mes ADA presenta una obra. Se asoma el rostro de Marisabel Sáenz, que igual interpreta una comedia que un drama, pero nunca un papel de señora entrada en años. Y se ve la humanidad majestuosa y dolida de Modesto Centeno y las fajas empuñadas y el desparpajo comunicativo de Reynaldo de Zúñiga.

Fueron años de tremendo entusiasmo teatral por parte de quienes ensayaban muchos días para representar pocas noches. Años locos, divertidos, ingenuos, con sus incursiones a lo más desconocido del corazón de La Habana, bares y restaurantes tan pintorescos como igual de la plaza del Cristo (La Maravilla), donde servían un filete genial con una salsa espesa y negra por encima; o el chino de la calle Zanja (Pacífico), que estaba en un quinto piso y cada vez que el ascensor se detenía en los cuatro primeros se oía el escándalo formidable de los chinos que hacían música. El restorán funcionaba en una terraza cubierta y su gracia consistía en que no venían los precios en el menú. A la hora de pedir la cuenta era la sorpresa: lo mismo podía salir baratísimo que tremendamente caro. La tradición mandaba que se empe-

zara por las maripositas.

Morín participaba de la fiesta, pero sabía calzarse las botas a tiempo., Zúñiga me dijo un día que Morín era un sabio del Oriente y yo le contesté que era el dueño del secreto del camello, el camafeo a punto de entrar en un paisaje de colinas y el adelantado de la eternidad.

Nacido en la calle misión y decidido él a cumplir una en la vida la cercanía de la terminal de trenes y de una ceiba misteriosa frente a ella lo envolvió desde temprana edad en un halo de límpida locura.

Dulce, muy callada, aquiescente y tolerante lo fue su madre, a la que llamábamos Nine. Del rostro del padre no me olvidaré nunca: no se reía y desde fecha remota se hundió en su silencio como hicieron muchos padres de familia en vista del exceso edipiano que se registró en la vida cubana de por entonces. Tuvo un hermano fanático del cine como Paco del teatro: los dos dedicados a mirar, a mirar y a mirar convencidos de que el mundo es un espectáculo o es la Nada disfrazada de espectáculo. Este último Morín fue padre de un niño misterioso y conmovedor que nunca hizo un verso y que fue el poeta de la familia. Murió muy joven.

En las *Memorias* de Morín serán convocados docenas de fantasmas habaneros. Volverán a la actualidad para instalarse en ella para siempre gracias a este hombre de ojos húmedos que no fue católico, ni protestante, ni espiritista, ni escritor, ni político, ni nada más que buen amigo y buen director teatral. Nada más y nada menos.